

## Los asesinatos silenciosos

Todos los derechos reservados.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Título original: *The silent murders*

En cubierta: imagen de © Lordprice Collection/Alamy Stock Photo

Diseño gráfico: Gloria Gauger

© De la traducción, Pablo González Nuevo

© Ediciones Siruela, S. A., 2022

c/ Almagro 25, ppal. dcha.

28010 Madrid. Tel.: + 34 91 355 57 20

[www.siruela.com](http://www.siruela.com)

ISBN: 978-84-18859-83-0

Depósito legal: M-2.507-2022

Impreso en Gráficas Dehon

*Printed and made in Spain*

Papel 100% procedente de bosques gestionados  
de acuerdo con criterios de sostenibilidad

A. G. Macdonell

# LOS ASESINATOS SILENCIOSOS

Traducción del inglés  
de Pablo González Nuevo

 Siruela

Libros del Tiempo Biblioteca de Clásicos Policiacos

## Índice

1 Sam el Engreído, número tres; Aloysius Skinner, número cuatro	9
2 Oliver Maddock, número cinco	17
3 El inspector Dewar de Scotland Yard	26
4 Escarbando en busca de pruebas en África y Batavia	40
5 Investigando el pasado del señor Aloysius Skinner	51
6 La vida extraordinariamente discreta del señor Aloysius Skinner	62
7 La conexión canadiense, números uno y dos	81
8 El ataque contra Henry Maddock	93
9 El misterioso Peter Hendrick	105

10	Una casa sospechosa	116
11	El cuerpo bajo los arriates	126
12	Pobre Jan Hendrick	135
13	La desaparición de Henry Maddock	146
14	El hotel de Euston Road	154
15	Frinton-on-Sea	162
16	Desenlace en Southend-on-Sea	172
17	Número nueve en Reading	179
18	El misterio de Albert Cullen	184
19	Desvelando el apacible pasado de Oliver Maddock	195
20	El embrollo sudafricano era una pista falsa	210
21	Harry Box	223
22	<i>Sir</i> Harold Crawhall, número diez	231
23	¡La moneda deja de girar!	239
24	El nervioso señor Field	249
25	Engañado	262
26	Número once	275
27	La trampa está lista	285
28	Amada esposa de H. B.	292

**Sam el Engreído, número tres;  
Aloysius Skinner, número cuatro**

El asesinato de un vagabundo entrado en años, cuyo cadáver apareció en la carretera entre King's Langley y Berkhamstead, no suscitó demasiada curiosidad. Los vagabundos suelen tener pocos parientes que les lloren y aún menos herederos que muestren algún interés por su destino. El cadáver fue encontrado en una cuneta, contorsionado como si se hubiera derrumbado exhausto o completamente borracho. No había sucedido ninguna de las dos cosas. Había sido apuñalado entre los hombros y debía haber muerto casi al instante. Había un cuadrado de cartón atado al único botón que quedaba en su raído abrigo, en el cual habían escrito la palabra «Tres». Incluso el leve interés suscitado por lo anecdótico del hallazgo declinó en cuanto se llegó a la conclusión de que no había pruebas de que el recorte de cartón tuviera relación alguna con el asesino. Los vagabundos son una raza de coleccionistas y a lo largo de sus idas y venidas suelen reunir extraordinarias

colecciones de objetos que atesoran hasta estar seguros de que carecen por completo de valor. De modo que en este caso no había motivos para suponer que un pedacito de cartón pudiera ser otra cosa que uno más de los diversos trastos que la víctima llevaba consigo.

Naturalmente, el interés oficial en el caso duró más que el interés público. La influyente sección de la hermandad de vagabundos que se extiende desde Watford hasta Banbury fue arrestada del primero al último miembro. No se encontró ninguna prueba en su contra, aunque sí fue posible reunir cierta cantidad de información acerca del vagabundo asesinado. Era universalmente impopular entre sus colegas por la simple razón de que sospechaban que había sido un hombre acaudalado y venido a menos. Tenía una lengua afilada y sarcástica y solía burlarse de forma especialmente mezquina de los demás vagabundos por el modo en que compraban y vendían los artículos que encontraban. Además, sus pequeños hurtos perjudicaban la imagen de todos en la carretera. Era conocido como Sam el Engreído, o el Caballero Venido a Menos, dependiendo de la ocasión, y corría el rumor de que sabía leer y escribir.

Entre sus pertenencias se encontraron dos mazos de cartas marcadas, un alicate, un surtido de instrumentos para abrir cerraduras y un libro de oraciones en cuya guarda se podía leer, en tinta desvaída: «A mi querido Sammy, de su madre, en su séptimo cumpleaños. 2 de mayo de 1863». Suponiendo, aunque quizá sea mucho

suponer, que dicho objeto fuera de su propiedad, el finado tendría sesenta y seis años, se confirmaría el nombre de Sam el Engreído y apoyaría la teoría de que había vivido tiempos mejores.

No obstante, si bien los indignados hombres de la carretera que fueron arrestados condenaron moralmente al fallecido por unanimidad, todos declararon con vehemencia que las críticas a su carácter en ningún caso los habrían llevado al asesinato. Había que establecer algún límite y ese era el suyo...: no querían ni oír hablar de asesinatos. La policía los creyó. Las puertas de la comisaría se abrieron y aquella marea de harapienta y maltrecha humanidad de nuevo fluyó con rapidez hacia la carretera entre Watford y Banbury.

Sam el Engreído, o el Caballero Venido a Menos, fue enterrado en una tumba anónima y olvidado inmediatamente. Dos meses después, otro asesinato mucho más satisfactorio desde todos los puntos de vista, exceptuando el del hombre asesinado, claro está, tuvo lugar en pleno centro de Londres hacia el mediodía, frente al edificio del Banco de Inglaterra. El señor Aloysius Skinner, presidente de la compañía Cochinilla Imperial y director de las numerosas filiales del gran conglomerado empresarial, fue asesinado de un disparo durante un trayecto en taxi. Había salido de las oficinas de su compañía para reunirse con el director general del Banco Nacional en la sede de dicha entidad, y se llegó a la conclusión, gracias a las diversas pruebas reunidas



posteriormente por Scotland Yard, de que el disparo había sido efectuado con una pistola de aire comprimido a través de la ventanilla abierta del vehículo mientras estaba detenido en un atasco. El conductor del taxi estaba seguro de que solo se había visto obligado a detenerse por completo frente al Banco de Inglaterra. Tanto más seguro estaba, pues hasta ese momento se había considerado ridículamente afortunado por haber logrado escurrirse a través del tráfico en plena hora punta. La bala había matado al instante al desgraciado, por lo que era altamente improbable que un disparo tan preciso hubiera sido efectuado con el vehículo en marcha. La ausencia de ruido, o más exactamente el hecho de que nadie hubiera escuchado la detonación del disparo, no era sorprendente. No obstante, la ausencia de restos de pólvora en el cadáver constituía un sólido indicio de que habían utilizado una pistola de aire comprimido. La teoría oficial era, pues, que alguien se había acercado al taxi inmóvil en mitad del tráfico y había disparado al señor Skinner en el corazón con una pistola de aire.

El público disfrutó mucho del suceso. El asesinato de un hombre importante y conocido, cuya fotografía aparecía a menudo en los periódicos vespertinos, y poseedor de una fortuna de más de un millón de libras, naturalmente hace latir más deprisa los corazones de los lectores de la prensa sensacionalista. Y la emoción es aún mayor cuando el asesinato es cometido en un taxi, a plena luz del día y frente al edificio del Banco de

Inglaterra. No era de extrañar que la gente estuviera encantada. Buena parte del público, aficionada a las historias de detectives y, hasta cierto punto, acostumbrada a la muerte repentina y violenta de millonarios, aguardó, con la sabiduría de la experiencia, el inminente colapso de la compañía Cochinilla Imperial, escenas de caos en la Bolsa, el suicidio de media docena de empresarios y el consecuente y solidario pánico en Wall Street, al otro lado del charco. Sin embargo, para su decepción, no sucedió ninguna de esas cosas. Cochinilla Imperial estaba firmemente cimentada en grandes reservas de efectivo y de otras muchas clases, por lo que ni siquiera se tambaleó ni perdió un solo penique. El comité de dirección eligió por unanimidad como nuevo presidente al actual segundo de a bordo, y la gran compañía continuó su andadura sin inmutarse.

La simplicidad del asesinato dificultó la búsqueda del criminal. La primera y obvia pista necesaria a la hora de abordar un caso así es el motivo y fue precisamente en ese punto donde la policía se topó con un obstáculo nada más empezar. El señor Aloysius Skinner había comenzado su vida de forma humilde. Eso se sabía. Pero era un hombre tan reservado que incluso sus escasos amigos cercanos desconocían por completo su juventud. Estaba soltero y al parecer no tenía parientes. La nostalgia nunca había sido una de sus debilidades. No obstante, era bastante posible, incluso probable, que un hombre como él, que había ascendido con tanto éxito

desde la pobreza a la riqueza, del anonimato a la fama, se hubiera granjeado numerosas enemistades a lo largo de los años. Su camino hasta la presidencia de Cochinita Imperial sin duda estaría repleto de celosos rivales, amigos decepcionados y rechazados en su juventud, empleados despedidos y especuladores arruinados. Sin embargo, nunca había hablado de ellos. Por lo que sus colegas sabían, su vida había sido un discreto y modesto currículum de continuos progresos sin interludios sensacionalistas. En su testamento había legado toda su fortuna a organizaciones benéficas, lo que eliminaba la posibilidad de que la motivación del crimen fuera económica. De hecho, según reveló la investigación, su vida parecía ser terriblemente melancólica, la vida de un viejo solitario.

La policía se vio obligada a aferrarse a cuatro posibles explicaciones, excluyendo las teorías de que el asesino fuera un loco y que hubiera disparado al hombre equivocado.

La primera era que el asesino debía de conocer con precisión, minuto a minuto, los movimientos del señor Skinner. En otras palabras, que posiblemente trabajaba en Cochinita Imperial y por ello también sabía que en la fatídica mañana el señor Skinner iba a visitar al director general del Banco Nacional, que tomaría un taxi y que haría el trayecto a solas. El asesino, por ende, habría esperado la aparición del vehículo en el lugar más probable para un atasco. Esta teoría, no obstante,

se fue desmoronando por su propio peso a medida que la investigación de los antecedentes y los movimientos de todos los miembros del personal de la compañía reveló que no había el menor indicio de naturaleza sospechosa.

De acuerdo con la segunda teoría el asesino ignoraba cuáles eran con exactitud los compromisos del presidente. De lo cual se colige que habría tenido que frecuentar las oficinas durante días, posiblemente semanas, antes de encontrar la oportunidad perfecta. Suponía una coincidencia demasiado monstruosa imaginar que había llegado al centro de Londres con intención de asesinar al señor Skinner, y después de llegar al banco había descubierto de repente a su enemigo sentado en un taxi atrapado en mitad de un atasco y había aprovechado la oportunidad sin más para dispararle. La investigación, por tanto, consistió en encontrar a cualquier sujeto ocioso que merodeara cerca de la oficina del señor Skinner durante los días previos. Como era de esperar, dicha búsqueda fue un fracaso. Los londinenses están demasiado ocupados persiguiendo a la esquiva libra esterlina en la City como para fijarse en los holgazanes. La mera idea de que existan basta para hacer que todos esos sufridos profesionales se echen a temblar, en el hipotético caso de que tengan tiempo de hacerlo.

La tercera línea de investigación fue la pistola de aire comprimido, si efectivamente se había utilizado una. El proyectil era una bala de pistola corriente que podía

haber sido disparada con cualquier automática del calibre 32. El microscopio reveló una levísima estriación en el proyectil, producida por el roce de una irregularidad infinitesimalmente pequeña en el interior del cañón del arma, suficiente en cualquier caso para identificar la pistola si alguna vez era encontrada, aunque evidentemente no lo bastante para ayudar lo más mínimo en dicha búsqueda.

El cuarto indicio era incluso más nebuloso, pues no había ninguna prueba que desmintiera que no hubiera sido dejado en el taxi por cualquiera de los otros siete clientes que el conductor recogió ese día antes del último viaje del señor Skinner. El indicio en cuestión era un trozo de cartón blanco en el cual había una sola palabra impresa: «Cuatro».